

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8643

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á donarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Stret, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Martes 19 de Agosto de 1893.

SAN EXPEDIENTE

No pasa día ni hora sin que los desgraciados á quienes su estrella obliga á habérselas con la administración pública en cualquiera de sus ramos, renieguen, una y cien veces, de los verdaderos obstáculos tradicionales que en el orden administrativo son escollo constante á sus deseos, y honda sima donde se eternizan, si no se pierden, cuantas reclamaciones en tablan.

Dos entorpecimientos gravísimos halla desde luego en su peregrinación burocrática cualquier expediente; el gobierno que acertara á destruirlos habría logrado la verdadera regeneración administrativa.

Esos entorpecimientos los conocen todos: son las dilaciones inmotivadas y la prolijidad de trámites, en los que, lejos de buscarse el acierto, sólo parece hacerse alarde de un mecanismo complicado, creyéndose que cuanto más se multiplican las ruedas y los engranajes resulta más perfecta la máquina, siendo así que en mecánica se busca siempre la simplicidad de la maquinaria.

Contribuyen á las dilaciones la falta de una inspección rectamente organizada y una responsabilidad definida, exigible á los diversos funcionarios que á su sabor amplían los plazos de la ley, porque bien seguros están que nadie há de cuidarse de ir á preguntarles por qué detuvieron este ó aquel expediente, á despecho de las repetidas peticiones del particular.

Una y otras van á parar á lo que en los centros administrativos se llama el *leajo*, especie de fosa común donde esperan la resurrección, merced á la piedad de una alta influencia que logra ponerles en curso.

En materia de trámites, nuestra administración es espléndida hasta lo fabuloso.

Un caso ocurrido hace años no diremos en qué centro, patentiza la casi universal inutilidad de esa múltiple y complicada trabazón de empleados que vegeta en las oficinas públicas.

Tratábase de un dictamen que debía emitir una corporación. Los miembros que la constituían nombraron una subcomisión para estudiar el asunto; ésta delegó su tarea en el secretario, que á su vez delegó en el oficial 1.º; éste al 2.º; el 2.º al 3.º; el oficial 3.º en el auxiliar, y éste, que no estaba muy hecho á tales achaques, llamó en su auxilio al escribiente que se comprometió á extender el dictamen, no sin exigir antes que, en recompensa, se le concediese el faltar una quincena á la oficina. Extendido el dictamen, cada uno de los que presentando al superior jefe lo quisieron como trabajo propio, para lo cual tomaban los interesados la pena de escribirlo de su puño y pulso, y así llegó al secretario, que hallándolo muy bueno, llamó pocos días después al escribiente y, palabra por palabra, le fue dictando con gran énfasis lo que este último mono de la oficina se había sacado á fuerza de desvelos de su mismísimo cerebro.

Este sucedido tiene muchas copias en las diversas dependencias del Estado. ¿No sería un beneficio inapreciable para los individuos y para la Administración hacer un detenido estudio de estos obstáculos, y simplificar el mecanismo gubernamental reduciéndolo á una expresión sencilla que hiciese imposibles estos abusos?

CORREO DE SEÑORAS.

Reina y mujer

El corresponsal de un diario madrileño, en carta que escribe desde Londres, cuenta el siguiente hecho curiosísimo poco conocido, y que marca perfectamente el carácter de la Reina de Inglaterra:

«En el palacio de Osborne, situado en la isla de Wight, es donde la Reina ha recibido al joven emperador de todos los alemanes.

Ya existía en los tiempos de aquel diabólico Cromwel; pero si este empecatado enemigo de Carlos I resucitara, no le conocería, porque hoy tiene todo el aspecto de una obra moderna.

En efecto, el príncipe Alberto le restauró para convertirlo en nido amoroso después de su casamiento con la reina, verificado por cierto de un modo algo irregular, como recordaré á mis lectores.

La reina Victoria estaba asediada por eso que llaman la razón de Estado, y todos intrigaban para que el príncipe encargado de asegurar á la corona la sucesión fuera de su gusto; mas la joven reina pretendía que fuese del suyo, haciéndose cargo, con natural instinto, de que en tales funciones había de corresponderle no pequeña parte; y así ocurrió que mientras los cortesanos y los políticos presentaban sus candidaturas, ensalzándolas según lo que de ellas se prometían, la reina Victoria permanecía silenciosa, como si la cuestión de su casamiento fuese para ella de escasa importancia.

Sin embargo, se ocupaba en examinar á los aspirantes para elegir aquél que fuera de su agrado.

Cierta noche celebrábase en palacio solemne fiesta, y la reina, faltando á todas las reglas de la etiqueta cortesana, obsequió al príncipe Alberto con el ramo que llevaba en la mano, que era por cierto muy voluminoso.

El asombro de los palaciegos fue grande. La reina, por un procedimiento simbólico, había hablado, y no cabía duda.

El rey consorte estaba elegido, y los ingleses supieron desde aquella noche célebre quien iba á ser el propagador de la dinastía; pero por si acaso, y para que no cupiera duda, el favorecido príncipe sacó su espada y abriendo con ella un ojal en su uniforme, hacia el lado del corazón, colocó el ramo sobre su pecho, como diciendo:

«Aquí lo guardaré toda mi vida.»

Claro es que un matrimonio regio celebrado por elección directa de la interesada, pedía á voces un nido de amor, y este fue el palacio de Osborne.

Es extraño que la anciana majestad sienta predilección después de tantos años por el sitio que traerá á su imaginación muchos y muy gratos recuerdos?

Y quién sabe si la reina Victoria recordará con frecuencia un incidente de familia ocurrido en la misma residencia que ahora ocupa.

Sabido es que siempre se ha mostrado celosa de sus prerrogativas, aun en la intimidad del hogar, y cuéntase que el príncipe Alberto así como se complacía en tributar á su esposa en público todos los homenajes que como

á Reina le eran debidos, así también le disgustaba que S. M. no se despojase de su carácter de soberana en el seno de la familia.

Cierta día, estando comiendo, sostuvieron ambos esposos un altercado, y como concluyera levantándose de la mesa el rey consorte, la reina amorosa y eternecida, fue á llamar á la puerta de las habitaciones de su enojado esposo.—Quién es?—preguntó este.—Yo, la reina—obtuvo aquel por contestación.

La puerta no se abrió. A poco resonaron otros golpecitos, y se repitieron las mismas palabras. Tampoco esta vez se abrió la puerta. Por último, á la tercera vez, la reina contestó á la pregunta, diciendo:—Soy yo, Victoria.—La reina había capitulado; el rey abrió la puerta y estrechó entre sus brazos á su mujer.

Nuestra Señora de las Victorias

Apercándose la fiesta de Nuestra Señora de las Victorias, tan venerada en París, leemos en un periódico francés curiosas noticias acerca de su santuario. La Congregación á que pertenece cuenta 25 millones de asociados, y la iglesia recibe diariamente 8.000 visitas y 20.000 próximamente cada domingo.

Arden cada día 1.000 cirios en los altares, por término medio. Figuran en el templo más de 10.000 ex-votos, procedentes de Francia, Inglaterra, Italia, España, Alemania, Suecia, América y China. El tesoro de la iglesia es muy considerable, y guarda muchas ofrendas de reyes y príncipes. Los héroes de la Commune robaron dos magníficas diademas de la Virgen; mas ya tiene otra de innumerables piedras preciosas. Las robadas eran donativo de lady Carroll, vi reina de Irlanda y de Pio IX, distinguiéndose ésta por estar formada de 500 diamantes.

Utilidad de las moscas

Dice el erudito químico inglés, M. Emerson, que las moscas, que hasta ahora habíamos tenido por insecto tan asqueroso como inútil, es realmente benéfico por la gran utilidad que presta al hombre, pues desde que se inicia hasta que se acaba el calor del verano, flotan en el aire inmensa multitud de insectos microscópicos que serían una plaga insostenible para el género humano si no fueran destruidos por las moscas, que de ellos se alimentan con insaciable voracidad.

Estos, por condición especial de su diminuto cuerpo, se adhieren á él en número considerable llenándose de aquellos insectos imperceptibles á la simple vista; y las moscas, extendiendo su pequeña trompa, se limpian por completo comiéndose los, y convirtiendo en alimento semejante plaga de parásitos, cuya destrucción es, según él, la misión confiada al insignificante volátil en el sublime organismo de la naturaleza.

Lo que gastan las mujeres

Un cronista parisiense ha hecho con datos auténticos la cuenta de lo que importan al cabo del año las facturas de las principales modistas y modistos de París.

Las nueve primeras modistas de la capital hacen trajes por valor de 25 millones de francos próximamente al año.

El «artista» cuya reputación principió en tiempos del segundo imperio y que todavía sigue siendo el primero en su especialidad, cobra en los trajes para bailes y recepciones, cobra en un año cuentas por valor de unos 600.000 de francos.

Entre cinco «costumiers» que se dedican á trajes de calles, hacen ropa para señora por valor de 10 millones de francos. Sin contar con otro costumier célebre, cuya clientela hace ingresar en su caja cuatro millones al año.

Una modista que tiene la parroquia de la aristocracia republicana confecciona «toilettes» por valor de unos tres millones al año.

Por último, un afamado sastre de señoras, que no corta más que trajes de viaje y amazonas, se embolsa todos los años un par de millones.

Ahora ha empezado una moda estravagante en la que llaman capital del mundo civilizado.

Consiste en gastar para recibir en casa á las visitas unos zapatitos de oro que son una preciosidad.... y que cuestan un sentido.

La receta de la semana

Tortas de almendras.—Próximamente se toma de harina cuatro onzas, otras cuatro de manteca fresca é igual cantidad de azúcar en polvo, se machacan tres onzas de almendras dulces, se añade corteza de limón ó una ó dos cucharadas de flor de naranja, se echan cuatro ó seis huevos bien batidos, y se mezcla todo en el mortero para hacer una pasta; se toma una tartara, se unta el fondo con manteca y se hace cocer á fuego lento con lumbré debajo y encima, y se forma la torta, que se puede servir fría ó caliente, pero siempre echándole azúcar en polvo por encima.

Buena siesta!

Una víctima de la «nona»

En Althaldeshbu, reino de Saa, una joven de diecisiete años de edad ha muerto después de un sueño no interrumpido de 7 días.

Los médicos que la han cuidado han comprobado que en el curso de este largo sueño funcionaban con entera regularidad el corazón y los pulmones.

PICCIOLA.

POR NO CASARSE

Cincuenta mil duros de daños y perjuicios sin que la cosa pasara de palabras

El jurado de Lewes (Inglaterra) ha juzgado el 14 del corriente, uno de esos procesos que no se ven más que en la nación británica, y que se llaman «de ruptura de promesa de casamiento.»

Si en España pasara lo mismo, no tendríamos noviazgos de seis y ocho años en que los novios no pueden casarse todavía «porque no han acabado la carrera.»

Adviérese además que en Inglaterra el hombre condenado en un pleito de esta clase, no sólo paga sumas enormes, sino que sufre daño inmenso en su consideración y sus negocios.

Todas las puertas se le cierran, no lo reciben en ninguna parte, y las gentes desconfían de él.

¡Qué lástima que no fuera así en España! dirán las mamás.

Pero vamos á los hechos.

En Londres hay un periódico llamado «The Matrimonial News» (Noticias Matrimoniales), dirigido por Mister Duncan, persona de sesenta y tres años de edad.

En esta publicación insertan anuncios los que no tienen más medio de encontrar «cónyuge», y el director los presenta unos á otros. Mister Duncan se jacta de haber facilitado así cuarenta mil matrimonios.

Pues bien, en Marzo de 1889 una joven distinguida, nieta de un «baroneta» y sobrina de un almirante inglés, miss Gladys Knowle, tuvo la ocurrencia de escribir á la administración del «Matrimonial News» para pedir un número.